

Personas ilustres

Villacampa en Melilla (I)

Francisco Saro Gandarillas

En el cementerio de Melilla, en una esquina del primer patio, no lejos del mausoleo dedicado a los héroes de la guerra de Margallo, se halla la llamada Galería Nueva, una galería de nichos que guarda los restos de los antepasados de aquellas familias que, cuando se hizo el traslado desde el cementerio de San Carlos al nuevo de la cañada, eran propietarias de las tumbas del cementerio clausurado.

El día 31 de enero de 1904 le tocó el turno al ocupante de una peculiar tumba situada en una esquina del viejo cementerio. Los restos trasladados ocuparon el nicho nº 2 de la fila nº 2 de la nueva Galería, y según consta en el certificado expedido por el entonces secretario de la Junta de Arbitrios, el abogado Manuel Ferrer, se trataba de los restos de un tal Manuel Villacampa, y se le proporcionaba un nicho provisional, por cinco años, previo pago efectuado por su hija Emilia Villacampa.

Los restos hubieran ido a la fosa común si en 1909, al término del plazo, D^a Emilia no hubiera abonado las 125 pesetas que el reglamento de la Junta exigía para conservar el nicho en propiedad.

El nicho sigue, invariable, en el mismo lugar. Pasado un siglo, no creo que sea temeridad afirmar que la mayoría de los melillenses ignoran, como la mayoría de los españoles en general, quien fue el mencionado D. Manuel. Hoy, con periódica y sorprendente insistencia, unas manos generosas, casi anónimas, limpian cuidadosamente la tumba, impidiendo que el inmisericorde paso del tiempo vaya borrando su escueta leyenda y con ella la última huella material que su ocupante ha dejado en este mundo.

Manuel Villacampa del Castillo

D. Manuel Villacampa del Castillo nació en Betanzos el 17 de febrero de 1827, hijo del teniente coronel graduado capitán de Infantería D. José Villacampa y Periel, nacido en Laguarda (Huesca), de familia infanzona, según la "Enciclopedia de Aragón", originaria del lugar de Villacampa en el valle del Serrablo. D. José era hermano de D. Pedro Villacampa, un héroe de la guerra de la Independencia que llegó a teniente general, y a quien algunos colocan, con evidente error, como abuelo de D. Manuel.

A solicitud de su madre, entonces viuda, en febrero de 1836 ingresó como "cadete de menor edad, sin goce de haber, ni antigüedad, ni asignación de cuerpo hasta cumplida al edad de ordenanza", edad que cumplió en 1839, incorporándose, como primer destino, al Regimiento del Infante nº 5.

No voy a seguir con la extensa hoja de servicios y peripecias de todo tipo de las que fue protagonista D. Manuel Villacampa, cuyo seguimiento nos conduce inexorablemente al dramático final de su accidentada carrera mili-



Monolito erigido en memoria del brigadier Manuel Villacampa del Castillo

tar. Participó en todos los movimientos militares habidos en España desde el Alzamiento Nacional de 1843, en los primeros de forma pasiva, siguiendo la estela de sus jefes naturales, y en los siguientes, desde la "gloriosa" de 1868, en la que intervino como principal impulsor en Granada, participando activamente en ellos, sobre todo desde la Restauración, figurando, entre las cabezas dirigentes, en todos los intentos golpistas de cambio de régimen a favor de la república hasta el último de 1886, cuyas consecuencias le llevaron a Melilla.

El golpe militar de 1886

Manuel Villacampa fue la cabeza visible, entre todos los partidarios del irreductible Ruiz Zorrilla, del proyecto de golpe militar que desde principios del verano de 1886 se vaticinaba como inminente para los más avisados. El golpe, como se vio posteriormente, estaba deficientemente hilvanado, con adhesiones poco definidas, con unidades militares supuestamente comprometidas que se mostraron pasivas en el momento de actuar. Al parecer, el propio brigadier no estaba muy convencido del buen éxito de la empresa, y si siguió adelante fue por el compromiso adquirido con todos los conjurados.

Cuando el brigadier Villacampa se puso al frente del movimiento en Madrid, el 19 de septiembre de 1886, estaba ya condenado al fracaso; por las razones antes apuntadas, pero, sobre todo, por la pasividad encontrada entre la población madrileña, que salvo contados elementos, en su mayoría asistió indiferente a un golpe más de los que tan fecundo fue el siglo XIX.

Detenido el brigadier y puesto en marcha el proceso para el consejo de guerra subsiguiente, Villacampa quiso que se hiciera cargo de su defensa D. Nicolás Salmerón, el político republicano, quien desde el intento de golpe, ante el cual, manifestaba, se encontraba "dolorosamente sorprendido", pretendía convencer a la clase política de que él nada tenía que ver con el asunto, lo cual solo era media verdad. Como era de esperar, Salmerón, en carta de fecha 29 de septiembre, repitiendo una secuencia muchas veces representada en la historia de la humanidad, rehuyó el cargo de defensor, que le ponía en incómoda situación, poniendo como ingenua excusa el "encontrarse enfermo".

Como en el caso de su segundo en el golpe, el teniente Felipe González, de quien el abogado elegido tampoco quiso hacerse cargo de su defensa, le fue designado un defensor de oficio en la persona del teniente general D. Pedro Ruiz Dana.

El caso era tan claro que la sentencia del consejo de guerra, celebrado el 2 de octubre siguiente, resultó ser la que se esperaba: por el delito de rebelión se le condenaba a la pena de muerte y a la accesoria de pérdida de la condición de militar.

Sigue en página siguiente →

cico

Centro Internacional de Cirugía y Oculología

Calle Carlos V, 9, bajo

Tel. 957 68 18 51 / 957 67 06 01

QUIRURGIA GENERAL
OFIATMOLOGÍA
ESTÉTICA
FOTODIAPHRAGMA

